

rra sus más ardientes rayos. Los animales han huido á sus cavernas, los campos están desiertos y tristes, la tórtola gime solitaria en el escaso follaje de los árboles. . . . Todo calla y desfallece, como si estuviera próxima alguna catástrofe.

El Mártir de la Cruz inclina la cabeza; muévase lentamente sus labios, y por última vez salen de ellos palabras de amor y de perdón. Su último suspiro es un suspiro de misericordia.



MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

I

MAÑANAS de Abril y Mayo! ¡qué bellas son en nuestro valle de México! ¡qué sucesion de magníficos cuadros se presenta á la vista del observador amante de la naturaleza! El cielo sereno y despejado; el horizonte limitado por azules montañas; la extensa campiña sembrada de pueblecitos y de jardines, de palacios, de quintas y de casas de recreo; por todas partes hermosos paisajes, perspectivas encantadoras, florestas deliciosas, risueños y misteriosos retiros que convidan á la felicidad con su silencio y su apartada soledad.—A la hora en que las flores abren su broche para perfumar el ambiente, la ténue claridad del alba anuncia en el Oriente la proximidad del nuevo día; y entonces las aves cantan regocijadas en sus nidos y comienza el concierto animadísimo de la mañana, alegre, entusiasta cual ninguno; las estrellas del cielo palidecen y se ocultan; tiñese de grana la cándida nieve del Popocatepetl y del Ixtacihuatl; huyen por el ancho firmamento las lige-

ras nubecillas, sonrosadas y humildes como niñas á quienes fuera á sorprender un gran señor; y en la tierra todo despierta, todo se mueve, todo aparece revestido de nueva vida y hasta de nuevos colores. Más blancos y gallardos parecen los edificios, más clara y trasparente la atmósfera, limpio y purísimo el follaje de los árboles, y el azul de las lejanas montañas se ha convertido en un morado oscuro, que al recibir las primeras tintas del sol naciente produce extraños y variados matices. Sobre la alfombra de los campos brillan en confuso desorden las gotas de rocío, y se apagan, se multiplican ó se mueven como un enjambre de insectos de cristal, inquietos é irritados.

En los alrededores de la ciudad, en San Cosme, en Chapultepec, en las calzadas del Paseo, y aún en la misma Alameda, es encantador el aspecto que presentan las risueñas mañanas de Abril. Véanse allí ligeros y gallardos ginetes, bellas y graciosas amazonas que animan el magnífico cuadro, ora haciendo alarde de su habilidad en el arte, ora travesando con sus compañeros en momentos de confianza y alegría, ó ya recorriendo simplemente aquellas pintorescas soledades. Se ven también algunas simpáticas parejas á pié, conversando en el seno de la más franca intimidad, tal vez haciendo recuerdos de la niñez y de la infancia, de los primeros inocentes amores, de la amada y lejana patria,—los que no han nacido en esta tierra de bendición y de cariño. ¡Qué agradables son estos paseos, cuando la amistad y un tierno afecto les dan sus atractivos! ¡Cuánto se goza con es-

tas distracciones sencillas, con estas horas de aire fresco y puro, con estos regocijos de la mañana y de la naturaleza! Parece que nuestra alma se reanima y vivifica; que nuestro corazón se abre á las más dulces afecciones de la vida, que nuestros sentimientos se suavizan y fortalecen, que nuestra imaginación, en fin, se enciende y adquiere bellos colores, para hermohear todos los cuadros de nuestra existencia. ¡Ah! ¿quién no piensa en el amor y la felicidad al ver retratados el contento y el sosiego en los semblantes de los que allí se pasean? ¿Cómo no acariciar inmediatamente hermosos ensueños de ventura, ante dos jóvenes esposos que van á aquellos lugares, y hablan de su amor y de su dicha? . . .

II

Uno de los más gratos atractivos que para muchos tienen estas excursiones matinales, es sin duda el que ofrecen las bellas amazonas mexicanas. Ellas, tan esbeltas y graciosas, ¿cómo no han de verse bien con el traje de montar? ¿cómo no ha de haber donaire y gentileza en sus movimientos? Vestidas de fresca y morena holanda, sonrojadas sus mejillas por las caricias del airecillo de la mañana, encendidas sus miradas por cierta infantil alegría, ó animadas tal vez por el candor virginal de sus primeros amores, ¿á quién no cautivan? ¿Quién resiste á sus gracias?—Y ciertamente, dejando aparte todo lo que esto pueda tener de poético, creo que nada hay tan á propósito para la salud y mayor

belleza de las jóvenes de nuestra sociedad, que la vida un poco agitada por los ejercicios físicos en el campo: su naturaleza se desarrolla prontamente, adquieren agilidad sus movimientos, se purifica la sangre al influjo de los aires frescos y sanos, y lejos de palidecer los colores del rostro, se limpian y se avivan más y más. ¿Por qué no adoptan las señoritas este género de vida? Permaneciendo siempre encerradas en sus casas, sin salir, visitando únicamente las tiendas de modas y los cajones de ropa, marchitan su existencia, se entristecen y fastidian, pierden su color y su salud,—y luego vienen la anemia y la clorosis á enflaquecerlas, debilitarlas y matarlas. Pónense como las flores que se cultivan en las macetas: el sol las maltrata, el aire las molesta, están delicadas y místicas, y nada pueden resistir. De aquí que una indisposición cualquiera las destruya en unas cuantas horas; de aquí esas enfermedades de nervios, de la sangre, de falta de apetito y de sueño; de aquí también que á algunas se les agrie el carácter, que sean por esto inconstantes y caprichosas, que de todo se fastidien y lo vean con desden ó indiferencia. Siendo su vida monótona, se habitan á ella y huyen del movimiento.

No todas han de creer esto que digo; pero es la verdad. La vida física influye mucho, de una manera poderosa y acaso decisiva, en la vida moral: si somos perezosos para obrar, lo serán también nuestro entendimiento y nuestra imaginación para pensar y concebir; si nuestro cuerpo está débil y enfermo, lo estarán igualmente todas nuestras facultades: si á causa de una in-

quietud continua y prolongada son torpes nuestros movimientos, nuestro carácter se resentirá de cierta acritud, de cierto fastidio y aspereza desagradables.

Importa, pues, adoptar y seguir puntualmente un régimen que aleje todos esos males; un régimen higiénico propio para el desarrollo físico y que haga desaparecer la blancura mate de las jóvenes en esa encantadora edad en que, como dice un escritor, “truécase la crisálida en mariposa, la niña en mujer, y se entrega á los halagos de suaves ensueños, de vaga dicha y de fantástico amor.”—El movimiento, y no el reposo; largos paseos al aire libre por nuestras extensas calzadas; respirar el fresco y perfumado ambiente matinal, á horas en que el sol no caldea la atmósfera todavía; y sobre todo, buscar con frecuencia los placeres de la equitación, como se hace en Inglaterra, Francia y otros países donde se cuida de la educación física á la par de la moral: hé aquí los medios que deben procurarse para adquirir el vigor, la frescura, y hasta el donaire propios de la edad.

Acaso repugnará á la timidez y modestia de nuestras jóvenes esa vida que la higiene les aconseja; su encantadora delicadeza é instintiva pulcritud las hará huir de los ejercicios á caballo; temerán que estos animales sean briosos con ellas y que las fatigas de la equitación las perjudiquen. Pero no haya temores: decisión es lo que se necesita, y ya irán viendo que vivían engañadas. El tiempo convida á prolongados paseos matinales, á juegos y conversaciones al aire libre, á inocentes carreras y travesuras como en

la niñez. ¡Que vuelvan los tiempos de la expansión y la alegría, de los regocijos infantiles y la tranquila dicha! Dejen nuestras jóvenes de ser señoritas en las primeras horas de la mañana y vuelvan á ser niñas: vayan á los paseos, rían, corran y derramen á su derredor miradas y sonrisas.—De este modo agregarán atractivos y darán mayor encanto á las mañanas de Abril y Mayo.



PÍO IX.

Escrito el 21 de Febrero
de 1878.

I

SE ha confirmado la noticia de la muerte de Su Santidad el Sr. Pío IX; y las señales de duelo dadas estos días por la sociedad mexicana, no son, en mi sentir, simples demostraciones de pesar, hijas del vivo sentimiento religioso que reina entre nosotros; sino que son también claros testimonios del amor que aquí se tenía al varón justo y de alma fuerte sentado en la silla de Pedro; al anciano venerable cuya vida se deslizaba en medio de amarguras y tristezas íntimas, por más que todo estuviese suavizado por las dulzuras de la virtud, y los celestiales consuelos de la resignación. ¡Ah! ¿por qué era tan interesante para la humanidad aquel hombre cargado de años que gemía tristemente allá en las soledades del Vaticano? ¿Qué tenía de más para la mayor parte de los hombres aquel rey destronado, á quien sin embargo todos los soberanos atendían y respeta-

ban?—La profunda veneracion con que veian á Pío IX todos los pueblos, se ha convertido á su muerte en un verdadero y glorioso triunfo: los católicos le miran ya como á un santo, los enemigos de la Iglesia confiesan y ensalzan sus virtudes, los partidos políticos no niegan la habilidad que tenía para dirigir espinosas negociaciones diplomáticas, y todos, en suma, lamentan hoy la muerte del Pontífice augusto que durante treinta y un años rigió los destinos del catolicismo.

Pío IX, miéntras vivió, fué admirado y respetado, como dije ántes, no sólo por su altísimo carácter, sino tambien por las ricas prendas de su corazon y la desgracia que le aquejó en los últimos años de su vida. Hoy, pues, ante la tumba que se ha abierto para recibirle, imposible es permanecer indiferente y frío; imposible es permanecer indiferente y frío; imposible es permanecer indiferente y frío; imposible es permanecer indiferente y frío. —Yo voy á decir dos palabras acerca de la vida ejemplar de Pío IX, destinada sin duda á ser bendecida por la historia.

Es este Pontífice la figura más extraordinaria de nuestro tiempo, el carácter más admirable y enérgico, la virtud más valerosa, mansa y suave al mismo tiempo, que ha luchado con el error en el siglo XIX. Hoy no se le conoce todavía, ni es tampoco tiempo de juzgarle; porque así como los hombres raquíuticos aparecen de no escaso valer en los tiempos en que viven y en la escena en que figuran, así tambien los verdaderamente grandes aparecen pequeños en las crónicas contemporáneas, y necesitan que la polvareda de los siglos caídos se disipe, para

que su figura se destaque grandiosa en los horizontes de la historia. Un hombre notable no puede ni debe ser juzgado, sino cuando el tiempo lo ha alejado de sus contemporáneos.

Pío IX luchó, luchó desde los primeros años de su pontificado, y su vida fué laboriosa como pocas. Jefe supremo de la Iglesia Católica, atendió con esmero sumo al cumplimiento de sus deberes: ilustraba las conciencias y las dirigía; condenaba enérgicamente los errores del siglo y las exageracions de los partidos; despertaba la fé en las almas abatidas; alentaba su esperanza; encendía en ellas fervorosa piedad, y era, en una palabra, para todos los católicos, maestro y padre celoso, de cuyos labios salían sin cesar palabras de enseñanza y de consuelo.— Siendo simple ministro del altar, obispo y arzobispo, le vemos en las poblaciones donde reside dedicado á hacer el bien, á aliviar las necesidades del infortunio y la orfandad, á servir al pobre y á velar por el desamparado; todo con una humildad y una abnegacion verdaderamente evangélicas.

Ya en el Pontificado, el obispo de Imola pudo realzar de una manera asombrosa las dotes de que le había adornado el cielo. No parece sino que este hombre extraordinario recibió de Dios en aquellos momentos nuevas y especiales mercedes, y que vió en el porvenir la grandiosa y difícil mision que estaba llamado á desempeñar. Su eleccion fué providencial, como todos saben; pues habiendo otros candidatos más favorecidos, los votos todos del Cónclave recayeron en él.—Planteó desde luego una política

querido." * Esto mismo puede repetirse hoy después de treinta años en que Pío IX continuó enseñando al mundo la verdad desde la cátedra de Roma. Los sucesos, los intereses de la Iglesia, el mayor bienestar y salud del mundo católico: hé aquí lo único que influía en la conducta del Pontífice difunto, y lo único que podía cambiar ó modificar su voluntad.

II

Por lo demás, la vida de Pío IX abunda en episodios interesantísimos y hermosos, conmovedores muchos de ellos, y que dan á conocer sus altas cualidades y la belleza de su alma. Sus dotes de eminente hombre de Estado, la prudencia y energía de su gobierno, la habilidad con que dirigió las negociaciones diplomáticas en tiempos azarosos para la Iglesia, y sobre todo, la amorosa solícitud de que dió siempre pruebas á los católicos, hacen del Pontífice que acaba de morir una figura extraordinaria y grandiosa, amable y simpática, que será recordada con ternura por todo corazón creyente. ¿Quién no amará y respetará su memoria? ¿Quién se atreverá á negar sus virtudes? ¿En qué pecho no cabrá el entusiasmo al recordar ciertos actos de su vida?—Convocó un Concilio, y el Concilio se reunió, precisamente cuando Europa se veía envuelta en una guerra, la amenazaban espantosas catástrofes, y Roma iba á quedar abandonada por el ejército que la protegía. ¿No es

(*) *Diplomáticos y Hombres de Estado europeos.*

este solo hecho, testimonio elocuentísimo de la fortaleza de Pío IX?—La historia de su pontificado será por esto un modelo para los sucesores de San Pedro; de hoy en más, todos querrán luchar como él luchó, y en los días de prueba para el catolicismo, los Pontífices se inspirarán en sus decisiones y se animarán con su recuerdo.

Cupo al Sr. Pío IX la gloria imperecedera de declarar solemnemente, el día ocho de Diciembre de 1854, el Dogma de la Inmaculada Concepcion de María, por lo cual algunos le han llamado el *Pontífice de la Inmaculada*.

En su vida privada, Pío IX cautivaba por la sencillez y modestia de sus actos, por la dulzura de su trato y la afabilidad de sus maneras: jamás se negaba á recibir á los que le pedían audiencia, jamás su corazón dejaba de conmoverse tiernamente á la vista de los infortunados privados. En su alma noble y generosa hallaban siempre dulce abrigo las tribulaciones de los reyes y de los pobres, de los pecadores y de los huérfanos. Y la doncella inocente, el hijo infortunado, el jóven artista, rico de aspiraciones y esperanzas, pero pobre de recursos, á él acudían tambien en su pobreza y desamparo, seguros de recibir de sus manos apoyo y bendiciones. ¡Cuántos le deben una buena posición, un triunfo artístico, una celebridad europea! ¡A cuántos talentos sacó de la oscuridad y los puso bajo su protección, para que fuesen más tarde valiosos ornamentos de la literatura y de las artes!—La más dulce benevolencia leíase claramente en los apacibles ojos de Pío IX, y en sus miradas había cierta expresión de angélica bea-

titud que cautivaba el espíritu: diríase que una luz del cielo iluminaba el rostro venerable del anciano, y cuando hablaba, era imposible dejar de conmoverse, sin que pudiese despues olvidarse la suavísima música de su voz.

¿Será Pío IX el último Papa, como algunos se han atrevido á decir? Imposible de todo punto. No olvidemos que á fines del siglo pasado se aseguró repetidas veces que “el cristianismo había muerto, que el Papa sería en lo sucesivo una palabra y que la Roma pontificia vendría á ser una ruina.”—La institucion del Papado, áun cuando se prescindia de su origen divino, tiene que ser eterna; porque ella es necesaria para la marcha, progreso y bienestar de la humanidad. Así como es absurdo suponer que una sociedad, una nacion, pueden subsistir sin gobierno alguno, así es error creer que una religion que domina el mundo esté sin jefe. El imperio de los Papas es indudablemente más fuerte y poderoso que los de muchos monarcas respetables por su fuerza: domina las almas y las conciencias, y dominio es este más universal que otro alguno. Por esto las potencias del orbe están atentas á las decisiones de los Pontífices; y es esto tan cierto, que, como observaba un notable escritor francés, del Soberano Pontífice depende muchas veces la paz de toda Europa. “Porque la verdad es—decía Copefigue—que el catolicismo es la fuente de todo poder, de toda civilizacion; porque en su espíritu se contienen los grandes principios de una sociedad bien constituida: la fé, la autoridad, la libertad.”



LEON XIII.

Escrito al saberse en México la elección del nuevo Pontífice.

I

TIENE ya nuevo Jearca la Iglesia Católica.—Varios gobiernos europeos, desde que Víctor Manuel tomó posesion del Quirinal é instaló su gobierno en Roma, se propusieron intervenir directamente en los asuntos del Pontificado, destruir con su influencia la importancia de sus decisiones, inspirar en los pueblos la desconfianza, y nulificar, en una palabra, la obediencia ciega y el amor inmenso con que todo el orbe católico veía los trabajos del inmortal Pontífice Pío IX. Pero por fortuna, su prevision y su prudencia, la sabiduría y fortaleza de su alma, destruyeron hábilmente las combinaciones diplomáticas mejor preparadas y las ambiciones políticas de los partidos europeos. En vano preparó Bismarck sus trabajos con anticipacion á fin de obtener en el Cónclave que había de elegir al sucesor de Pío IX una influencia decisiva y poderosa; en vano puso en juego toda